



DÉCIMO CUARTO DÍA DE PREPARACIÓN A LA RENOVACIÓN DE LA CONSAGRACIÓN PERSONAL Y DE ESPAÑA AL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

Día 12 de junio: Jesús nos muestra su corazón manso y humilde

Para poder vivir el espíritu de confianza filial, gratitud y alabanza, del que hablábamos ayer, es necesario acoger el consejo de Cristo: *aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón y encontraréis vuestro descanso* (Mt 11,29).

Mansedumbre no es solamente renunciar al uso de la fuerza, sino la actitud de corazón que modera la ira en nuestro interior, de tal manera que aceptamos las circunstancias de la vida como son. Cristo, al mirar los acontecimientos de la vida desde el amor y la sabiduría del Padre, vive en gratitud y alabanza, aceptando de corazón que todas las circunstancias de la vida son en realidad un regalo y un don.



Esto es imposible sin humildad. Cristo lleva a plenitud aquella actitud que Dios enseñó a Job. Después de sufrir inmensas calamidades, Job llegó a quejarse. Dios mismo le pregunta: *¿has entrado por las fuentes del mar o paseado por la hondura del océano? ¿te han enseñado las puertas de la muerte o has visto los portales de las sombras? ¿has examinado la anchura de la tierra? Cuéntamelo si lo sabes todo...* (Job 38,16-18) Al terminar aquel interrogatorio, Job solo pudo responder: *Me siento pequeño, ¿qué replicaré? Me taparé la boca con la mano. Hablé una vez, no insistiré; dos veces, nada añadiré* (Job 40,4-5).

El que se aferra a su visión de las cosas, el que se atreve a juzgar los designios de Dios por extraños que parezcan, no puede tener paz ni descanso, no puede vivir en la gratitud y en la alabanza.

Sin embargo, el que confiesa humildemente la verdad, la bondad y la grandeza de Dios, vivirá fácilmente en la alegría y alabanza, porque será capaz de experimentar sus cuidados providentes. Así lo expresó finalmente Job: *te conocía solo de oídas, pero ahora te han visto mis ojos* (Job 42, 5). De ahí



la importancia de acudir al Corazón de Jesús como escuela permanente de humildad. Un hijo lo recibe todo de su padre. Su limitación y dependencia no es un sufrimiento, sino la ocasión gozosa de sentirse siempre cuidado por el padre. Cristo, el Hijo, nos enseña a vivir en la gratitud filial de sentirse cuidado, amado continuamente por el Padre. Vive en la alegría de saberse colmado de los dones del Padre, de quien recibe todo. Y en él descansa su corazón.

Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu, mi alma, mi ser, mis inquietudes, mis fracasos, mis frustraciones, mis miedos, mis ilusiones, mis deseos, mis esperanzas, mis sueños, mis temores... en definitiva, todo lo que hay en mí, yo lo confío a tu inmensa bondad. Sé que no hay nadie más bueno ni más poderoso que Tú, y por eso mi alma descansa en paz, confiada en tu amor infinito que cuida de mí, me protege, y busca por encima de todo mi felicidad. Bendito Padre, te alabaré por siempre con todo mi ser, y nada ni nadie logrará jamás que mi lengua te maldiga.

Padre Nuestro, que estás en el cielo,



*santificado sea tu nombre;
venga a nosotros tu reino;
hágase tu voluntad, en la tierra como en el cielo.
Danos hoy nuestro pan de cada día;
perdona nuestras ofensas,
como también nosotros perdonamos a los que nos
ofenden;
no nos dejes caer en la tentación,
y libranos del mal.
Amén.*